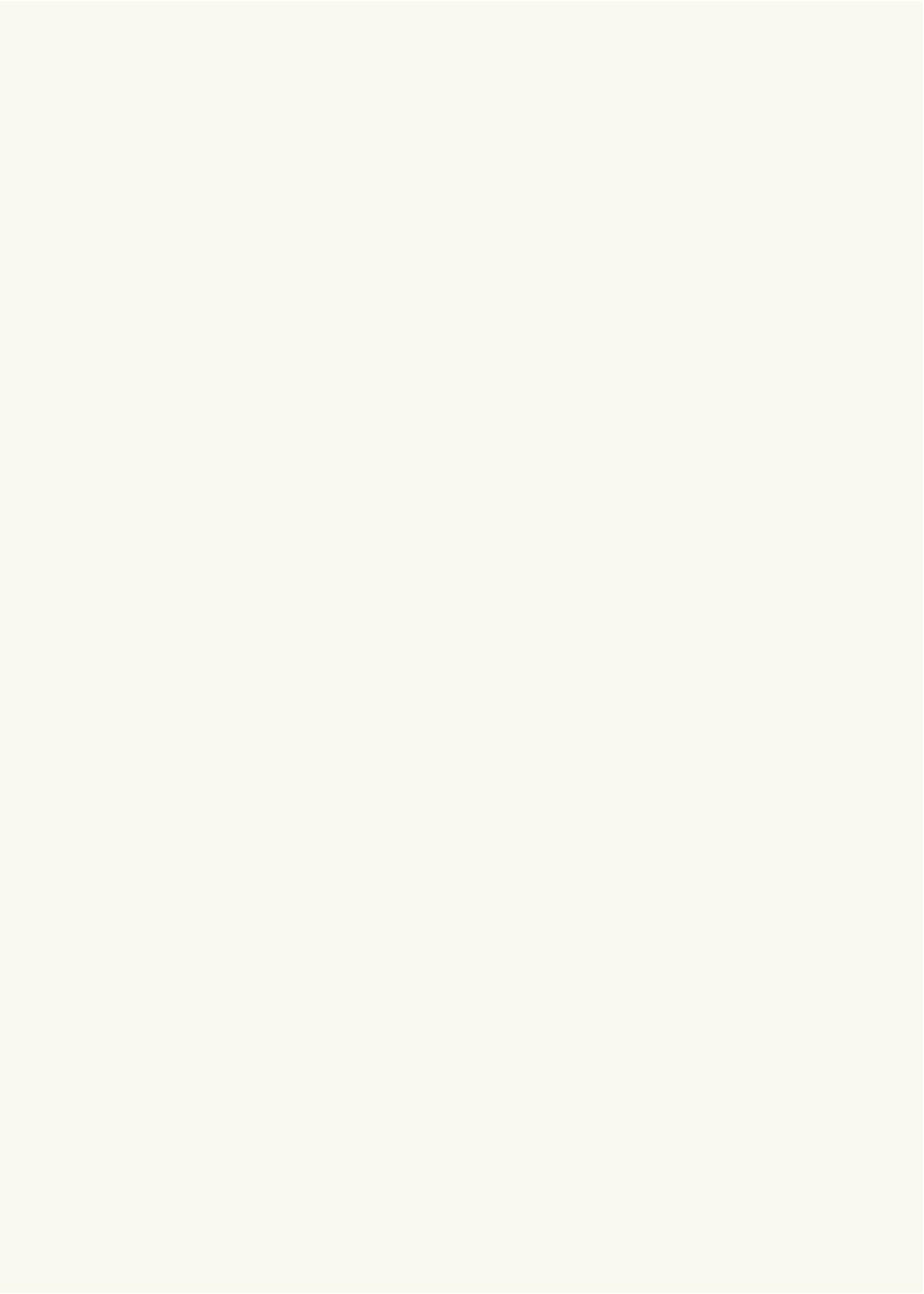


DEJAME QUE TE CUENTE



DEJAME QUE TE CUENTE

José Cárdenas



Esta historia de muerte resiste todos los avatares del olvido. No quiere desaparecer. Las únicas huellas que quedan, pueden rastrearse en el susurro nostálgico que los estudiantes de la Escuela de Letras de los años setenta conservan en su tradición oral.

José Cárdenas, conocido en los ámbitos políticos y revolucionarios de los años setenta como *El Mono Pepe*, probablemente sea todo un ícono de la figura del desaparecido, puesto que de él no quedan rastros ni registros. No existen datos que acrediten su condición de desaparecido, no quedan restos físicos de su persona y ni siquiera hay denuncias realizadas por familiares o amigos que den cuenta de su trágico final y la apropiación de su cuerpo inerte por parte de las fuerzas al servicio de la represión estatal ilegal.

Y sin embargo, es posible recrear la historia de *Pepe*, porque hubo quienes presenciaron el momento último de su injusto ajusticiamiento y secuestro. Lamentablemente, no nos es posible acceder al testimonio de esos testigos, no porque se nieguen a brindarlo, sino porque su identidad se pierde en lo oscuro y silenciado de la Historia. Pero esos testigos hablaron, alguna vez, sin que podamos precisar cuándo ni cómo.

Sabemos que hablaron porque sus voces se fueron transmitiendo, de manera anónima y coral, como se transmiten las voces del pueblo que mantienen viva la memoria histórica. Así, sin que sepamos quiénes fueron los que presenciaron ese momento fatal, y sin que sepamos a quienes les contaron lo que aquel día fatídico habían visto, pudimos recoger sus relatos, oídos de otros que los habían oído a su vez de otros, y que fueron circulando de tal modo como gemas valiosas de un collar que nos enlaza a todos, al tiempo que nos proyecta hacia los que serán sus destinatarios del futuro.

Pero antes de avanzar en el relato de lo que fue el final de *Pepe*, debemos comenzar por lo que fue su vida.

Pepe había nacido en 1949. Era hijo de un inmigrante español, exiliado en nuestro país como consecuencia de la Guerra Civil Española. Se trataba de un republicano libertario, que le inculcó su manera de pensar al hijo, pero al que no pudo criar cuando murió su mujer por falta de medios para hacerlo y *Pepe* no llegaba todavía a los 6 años. La resolución que encontró a ese problema fue paradójica, ya que lo entregó a los sacerdotes de un seminario que estaba al norte de Rosario para que lo mantuvieran y educasen.

Así fue como *Pepe* se hizo seminarista. Sus estudios en el instituto le dieron una formación típicamente eclesial, y *Pepe* permaneció allí hasta la mayoría de edad.

Su formación fue esforzada y ciertamente dura. Clases por la mañana, rezos por la tarde, ejercicios de retiro espiritual y meditación hacia la noche; así transcurrían todos sus días, con las particularidades propias de la enseñanza primaria en los primeros años y luego secundaria.

Pero no estaba a gusto, sobre todo al entrar en la adolescencia, porque no poseía una auténtica vocación religiosa, ya que estaba en ese lugar simplemente por obligación.

Por ello, cuando cumplió 18 años abandonó el seminario, probablemente influenciado por el ideario anarquista de su padre, y se fue a vivir con él, en un hotel pobretón situado en el centro de Rosario. Entonces comenzaría una etapa absolutamente distinta en su vida.

A poco de mudarse al centro de Rosario, hacia fines de la década del sesenta, *Pepe* comenzó a vincularse con el medio intelectual y cultural de la ciudad, y sobre todo con lo que podría llamarse su «bohemia», que era un sector destacado dentro del campo artístico y político de Rosario.

Participaban de esa movida dibujantes y artistas plásticos como el Negro Fontanarrosa, Napoleón -o Napo-, músicos como José Luis Bollea, Alfredo Llusá o Gustavo Beytelman, y escritores como Rafel Ielpi, Hugo Diz o Juan Carlos Martini, por mencionar alguno de los más destacados. Y aunque su actividad se desarrollase en distintos espacios, los bares constituían el lugar privilegiado donde practicaban sus espontáneos encuentros y tertulias.

Significativamente, buena parte de esos bares se encontraba alrededor de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Rosario: el

Odeón, ubicado en la esquina de Mitre y Santa Fe, el Provincia, en Santa Fe casi esquina Entre Ríos, y sobre todo el Iberia, situado en la calle Entre Ríos al 700, en la vereda de enfrente de la Facultad.

Pepe frecuentaba el Iberia, por múltiples y diversos motivos. Algunos tenían que ver con el hecho de que muchos de sus amigos de aquel entonces estudiaban en la Facultad; otros –de carácter más práctico, evidentemente– con el hecho de que el Iberia le permitía pasar largas horas sin consumir nada, o a lo sumo un café, dado que los dueños del bar estaban acostumbrados a tolerar hábitos como él; pero había entre tantos un motivo que, sin duda, era decisivo: al Iberia iban las estudiantes de Letras, que tenían en su carrera al Latín como materia obligatoria. *Pepe*, que no era agraciado por la naturaleza –su apodo de Mono provenía de su notorio parecido con la especie de los primates o la de los antropoides– intentaba hacer valer su

conocimiento de esa lengua muerta para seducir a las bellas chicas que concurrían al bar. Nunca tenía éxito en sus intentos, pues su aspecto simiesco ahuyentaba a las estudiantes de Latín, pero él no cejaba; en su terco empeñamiento, podía reconocerse la marca de sus ancestros ibéricos y republicanos. Hasta que el destino, o la perseverancia, lo premiaron con su primer y único amor, el de Lidia, una hermosa estudiante de Letras a la que sí logro conquistar.

En ese entorno cultural, ideológico y político -se trataba de los fines de los años sesenta y comienzo de los setenta, un momento histórico caracterizado por su radicalidad y políticas revolucionarias- cualquier joven que transitara por esos lugares difícilmente resultara impermeable a los vientos de cambio que azotaban el país, la región y buena parte del mundo. En ese sentido, *Pepe* no fue una excepción a la regla.

A poco de comenzar a frecuentar esos sitios, y de vincularse con esa clase de personajes, empezó a desarrollar una notoria adhesión hacia la línea política y las posiciones del Partido Revolucionario de los Trabajadores, y de su brazo armado, el Ejército Revolucionario del Pueblo. Pero *Pepe* nunca fue un militante orgánico del partido ni de la organización militar. Desconocemos las razones por las cuales no llegó a serlo: puede haberse debido a su falta de voluntad de integrarse como miembro orgánico de esas estructuras, pero también a que quienes las conducían hayan juzgado que *Pepe*

no poseía las características necesarias como para participar de ellas. Lo cierto es que funcionaba como un «periférico», una suerte de simpatizante o adherente que, sin pertenecer formalmente al partido o al ERP, acompañaba sus acciones, difundía sus políticas y participaba de cuanta movilización de masas hubiese, enarbolando los carteles y las pancartas que los identificaban.

De esa manera, *Pepe* participó de movimientos insurreccionales como el primer y segundo rosario, en 1969. También de las múltiples marchas que el movimiento estudiantil realizó en contra de la dictadura encabezada al principio por el general Onganía y al final por el general Lanusse, y de distintas acciones promovidas y avaladas por la CGT de los Argentinos, como la célebre muestra *Tucumán Arde*. Su participación en esos eventos siempre fue la de un activista que actuaba de forma independiente, a pesar de asumir la representación de las organizaciones con las que se identificaba.

Sin embargo, y a pesar de su independencia respecto de tales organizaciones, *Pepe* se sentía parte del proyecto político-ideológico del PRT. Vivía como un representante más de sus políticas, lo cual terminó jugándole no una mala pasada, sino la peor y última de su vida.

Un día de 1976 o 1977, ya en plena dictadura genocida encabezada por el general Videla –los relatos son imprecisos al respecto, y resulta imposible datarlo– *Pepe* caminaba por la calle Córdoba en dirección al río, realizando un camino que le era habitual. Sin embargo, el transcurrir de ese día no sería el habitual. Cuando llegó a la intersección de Córdoba con Laprida, se formó súbitamente una «pinza» compuesta por efectivos militares, que cercaron la calle Córdoba formando un embudo en dirección al río, con el que contenían a todos los transeúntes que por allí pasaban.

Esos operativos o razzias suponían un alto grado de azar, dado que las personas detenidas en esa acción corrían destinos diversos: algunas seguían su camino, sin inconvenientes, mientras que otras eran capturadas, sin que nunca se supieran las razones de una u otra alternativa.

Sorprendido por la «pinza», *Pepe* primero se detuvo. Seguramente vaciló, dudando entre seguir su camino, fingiendo una inocencia que sentía no

le pertenecía, o intentar retroceder, para evitar el riesgo de ser apresado. Lo cierto es que optó por la segunda posibilidad, probablemente acosado por el temor de ser reconocido como un simpatizante del PRT, lo cual era suficiente, en aquel tiempo, para ser condenado a la desaparición y la muerte después de ser salvajemente torturado.

Pretendió, de tal modo, volver sobre sus pasos. Su reacción fue percibida por los efectivos militares, que le dieron orden de detenerse. Ante ello, lejos de obedecer, *Pepe* echó a correr con desesperación, movido por el pánico que debía provocarle la idea de ser detenido. Su carrera, empero, fue tan breve como inútil, ya que al cabo de unos pocos metros, o unos pocos pasos, cayó acribillado.

Los militares se acercaron a su cuerpo exangüe para verificar si ya estaba sin vida. Cuando comprobaron que así era, lo cargaron y lo pusieron en un vehículo militar, partiendo hacia un destino hasta hoy desconocido.



Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

Dejame que te cuente es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

Dirección del proyecto

Lucas Almada

Diseño gráfico

Valentina Militello

Redacción

Roberto Retamoso

Caricatura

Leonardo Guiskin

Edición y corrección de textos

Daniel Fernández Lamothe

Coordinación general

Viviana Nardoni



museo de la
memoria



